

Una ascensión de Urquiola al Amboto por Axpe

Septiembre se encuentra ya en sus últimos días; la temperatura, suave y apacible, es fiel indicio de la estación otoñal, que en estas provincias suele regalarnos con jornadas magníficas en las que el sol, que va perdiendo sus ímpetus veraniegos, aún conserva la suficiente energía para templar el ambiente y dorar los helechos que en las laderas de nuestros montes cambian su verde ropaje de primavera y verano por el tono tostado propio del otoño, en espera de los «casheros» que, no tardando mucho, han de acudir con sus guadañas y carretas para recoger y guardar en los caseríos el preciado vegetal que servirá de cama al ganado en las largas y frías veladas invernales que se aproximan.

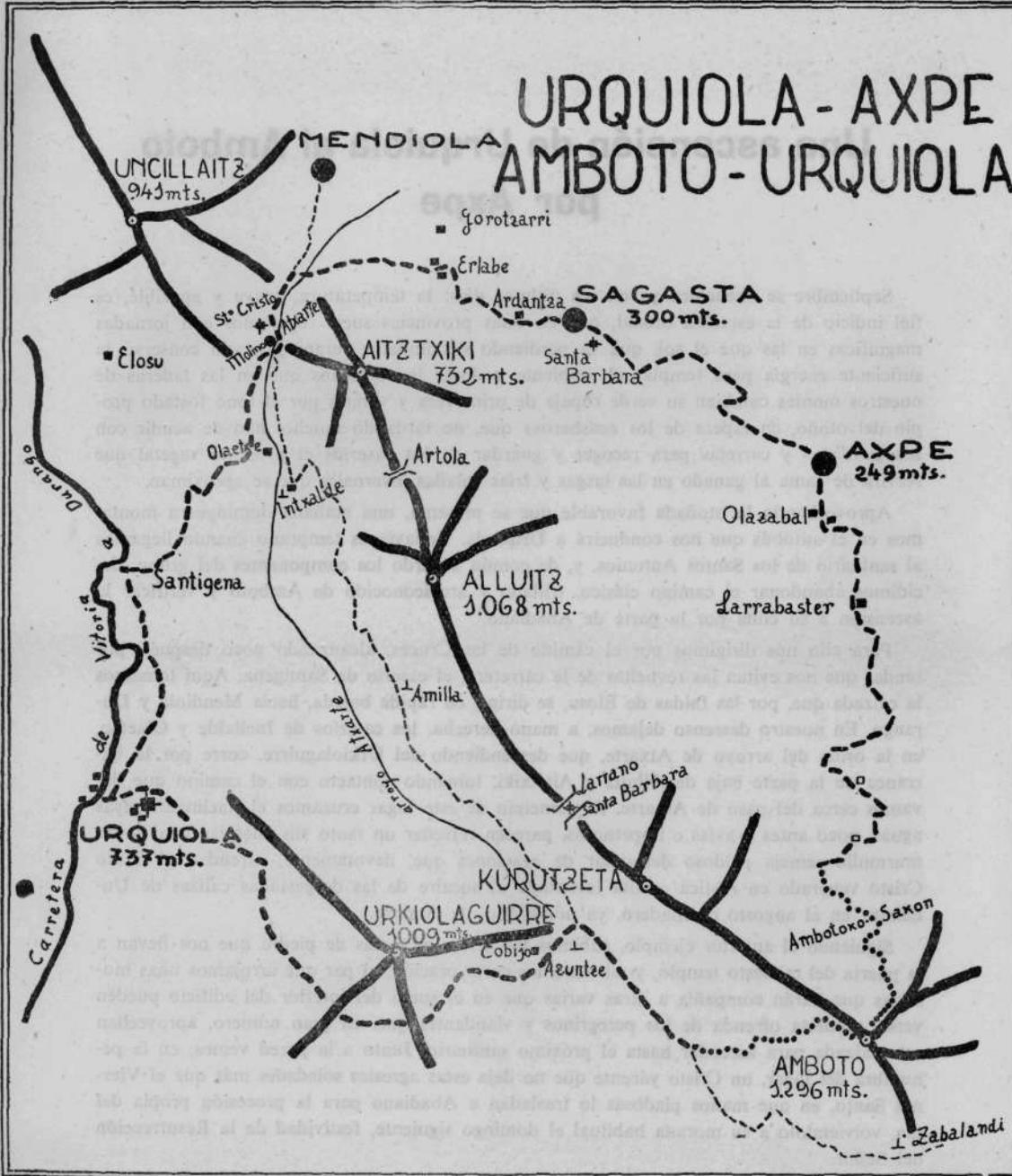
Aprovechando la otoñada favorable que se presenta, una mañana dominguera montamos en el autobús que nos conducirá a Urquiola. Todavía es temprano cuando llegamos al santuario de los Santos Antonios, y, de común acuerdo los componentes del grupo, decidimos abandonar el camino clásico, trillado y archiconocido de Amboto y verificar la ascensión a su cima por la parte de Abadiano.

Para ello nos dirigimos por el camino de las Cruces, alcanzando poco después, por sendas que nos evitan las revueltas de la carretera, el caserío de Santigena. Aquí tomamos la calzada que, por las faldas de Elosu, se dirige, en rápida bajada, hacia Mendiola y Durango. En nuestro descenso dejamos, a mano derecha, los caseríos de Inchalde y Olaetxe, en la orilla del arroyo de Atxarte, que descendiendo del Urkiolaguirre, corre por la barranca de la parte baja de Alluitz y Aitzxiki, tomando contacto con el camino que llevamos cerca del paso de Atxarte. Al principio de este lugar cruzamos el riachuelo, cuyas aguas, poco antes bravías e impetuosas, parecen refrenar un tanto sus energías y su sordo murmullo semeja piadoso desgranar de oraciones que, devotamente, ofrendan al Santo Cristo venerado en rústica ermita levantada al socaire de las desgastadas calizas de Uncillaitz, en el angosto desfiladero, ya nombrado, de Atxarte.

Siguiendo el anterior ejemplo, subimos las toscas escaleras de piedra que nos llevan a la puerta del modesto templo, y allí rezamos corta oración, al par que arrojamos unas monedas que harán compañía a otras varias que en el suelo del interior del edificio pueden verse, modesta ofrenda de los peregrinos y viandantes que, en gran número, aprovechan esta calzada para ascender hasta el próximo santuario. Junto a la pared vemos, en la penumbra del lugar, un Cristo yacente que no deja estas agrestes soledades más que el Viernes Santo, en que manos piadosas lo trasladan a Abadiano para la procesión propia del día, volviéndolo a su morada habitual el domingo siguiente, festividad de la Resurrección del Señor.

Pocos metros llevamos de recorrido, desde la ermita, cuando en la primera bifurcación que se nos presenta, nos inclinamos a la derecha, continuando por una ruta que, entre

URQUIOLA - AXPE AMBOTO - URQUIOLA



que se nos presenta nos indicamos a la derecha, continuando por una ruta que

prados, nos conducirá, pasando por los caseríos de Erlabe y Ardantza, hasta el barrio de Sagasta. Cruzado éste, tenemos suave subida por la ermita de Santa Bárbara, hasta Sagastagarai, desde donde contemplamos una de las panorámicas más espectaculares y soberbias del Duranguesado. Frente a nosotros se levantan, arrogantes, las ásperas laderas de Alluitz, mientras a ambos lados de este pico se extiende todo el macizo, desde la arista de Frailía, que culmina en Amboto, hasta las peñas de Uncillaitz y Mugarra que, por el Norte, completan la silueta de este magnífico conjunto.

Cercano a este lugar, más abajo, en el Valle, Axpe desparrama su caserío al pie del gigante del Duranguesado; no tardando nosotros muchos minutos en encontrarnos junto al pórtico de su parroquia, donde descansamos un momento cara a la abrupta vertiente por la que hemos de marchar en nuestro intento de subida al Amboto.

Volvemos a caminar, dirigiéndonos por los caseríos de Olazábal y Larrabaster en demanda de unas chabolas de ganado que, a media ladera, se nos presentan como señales precisas para no equivocarse la dirección. La ruta va ganando lentamente altura, estando el camino muy marcado hasta la llegada a los corrales anteriormente citados. En seguida de pasar éstos, desaparece todo vestigio de senda, la hierba escasea y la roca, entre cuyas grietas crecen algunos arbustos, campa por sus respetos. El declive se acentúa; la marcha se hace más penosa; y sosegada, calmamente, vamos ascendiendo orientándonos hacia el paredón de Frailía, que alcanzamos cerca del sitio en que se desprende de Amboto. Por fin nos encontramos al pie del citado Frailía, y para llegar a su arista no tenemos más remedio que hacer un poco de escalada, la que sin peligro alguno, pues la peña presenta excelentes agarraderos, nos conducirá a su parte alta. Seguimos trepando por ella y no tardamos en coronar el legendario Amboto, lugar de fantásticas leyendas que tienen como escenario la famosa cueva de la Dama de Amboto, en cuyo seguro asilo todavía encuentra acogedor resguardo la figura mitológica de esta Dama, pues sobre todo en los días de tempestad aseguran puede vérselo venir de las montañas de Aitzkorri, envuelta en vaporosas nubes, acompañada del ruidoso estrépito producido por la tormenta.

El panorama que se divisa desde este vértice es uno de los más amplios y admirables que nos es dado contemplar desde cualquier altura del territorio vascongado. En todas direcciones la vista se recrea en innumerables montes cuya sola relación sería fatigosa y punto menos que imposible efectuar. Los campos llanos y cultivados de Abadiano, que acabamos de abandonar, contrastan con las pendientes laderas cubiertas de helecho y arbolado, que se extienden hacia el oeste perdiéndose en la lejanía. La multitud de picos y dentadas sierras de nuestro accidentado terreno se suceden a lo lejos, en todas direcciones, esfumándose entre la neblina del horizonte; mientras, hacia el Norte, continúa la crestería que hemos dominado, presentándonos sus tajados precipicios y cortaduras a ambos lados de su recorrido.

Es tan maravilloso el espectáculo que contemplamos que nos cuesta trabajo renunciar a él. No obstante, se impone. Este lo efectuamos por el camino normal; bajamos hasta los hoyos que señalan el arranque de la subida, y, por Marmolburu y Azuntze, llegamos a las faltas del Urkiolaguirre, y siguiendo este camino no tardamos en pisar nuevamente nuestro punto de partida: Urquiola.

Horario: Urquiola-Atxarte, 30 minutos. Atxarte-Sagasta, 45 minutos. Sagasta-Axpe, 45 minutos. Axpe-Amboto, 2 horas. Amboto-Urquiola, 1 hora 30 m.

GERARDO LZ. DE GUERENU
de la Excursionista «Manuel Iriadiere»